

Viajes a pie por el Valle de Aburrá

El paisaje en la mirada. El Valle de Aburrá en la literatura de viajeros y escritores

FELIPE RESTREPO DAVID

(compilación y notas)

Eafit, Medellín, 2018, 131 pp.

“Ni río adelante ni carga atrás,
dice el refrán antioqueño, y con
mucho razón”.

Carlos Nauts, viajero belga, 1898.

PODRÍAMOS DECIR que a este singular libro, de magnífica edición, publicado por la Editorial Eafit de Medellín, solo le falta una cosa: poner en la portada el sello de su colección ya famosa: Rescates. Se trata de una cartografía de 28 palimpsestos sobre el paisaje natural y humano del Valle de Aburrá que, como lo manifiesta en la presentación el compilador, Felipe Restrepo David, está compuesta por “escrituras de los más variados registros (relatos, crónicas, memorias, informes, ensayos, poemas)” (p. 21). La edición cuenta con un excelente prólogo del eminente profesor Juan Luis Mejía. El pasaje esencial de este maravilloso recorrido lo constituye el poema de José Manuel Arango, “Montañas” y “Montañas 2”, que atinadamente se reproduce en la contraportada del libro.

Volver atrás la mirada y caminar por estos parajes, muchos ya perdidos para siempre, a causa de la deforestación, el crecimiento industrial y el olvido de propios y ajenos, representa para el lector actual una invitación al viaje poético existencial por excelencia: el viaje a pie, simbolizado, como no podría ser de otra manera, por el eterno andariego Fernando González, presente en la tercera sección del libro. Leer este libro activa en el lector el deseo de caminar hacia atrás, de ir tras las huellas de otros caminantes, y recuperar el gesto romántico de ver despacio, sentir lento, confundirse con las luces y sombras de los caminos. El itinerario lo puede escoger el lector: podemos leerlo cronológicamente, o en forma oblicua o al azar, y en cualquiera de sus páginas encontraremos un atisbo melancólico de las cosas idas,

de los seres más o menos pintorescos que habitaron estas “zonas tórridas”, al decir de Manuel Mejía Vallejo, quizá el gran ausente de esta compilación. Nos internamos en una caravana interminable de bullicios, de ajeteos de bueyes cansados, de mulas rucias, de arrieros enchichados, de aves de paso, de boquerón sin fin, de filos, cuchillas y enredaderas de la memoria. Al fin y al cabo qué es contemplar el paisaje si no desafiar nuestra rutinaria y desértica vida citadina. El Valle de Aburrá es una metáfora de lo que hemos olvidado: nuestro lugar en el mundo natural.

El libro acierta en su composición ecléctica que lo desmarca de antologías de género, enmarcadas en selecciones de poesía, narrativa o prosa ensayística. Al tener un talante tan variado, podemos leer las crónicas de un diplomático, o las anotaciones de un ingeniero de caminos o las meditaciones de un poeta. El paisaje nunca es el mismo, su descripción e interpretación dependen de una serie de circunstancias cambiantes tanto del espacio como del observador: se produce entonces una curiosa mixtura de voces heterogéneas que en ocasiones sugieren goces, nostalgias o asombros. Los textos nos generan impresiones variables, unas son cómicas, como la que produce Eduardo Villa, en 1862:

[...] el defecto que he encontrado en mi mula es un carácter demasiado independiente, lo que hace que con dificultad nos entendamos: a ella regularmente se le propone irse por donde le da su real gana, y como yo tengo la pretensión de hacer respetar mi voluntad en tales casos, entablamos de continuo interminables peleas, ganadas casi siempre por ella, porque estira el pescuezo y mueve la cabeza haciendo tanta fuerza que me obliga a atender más a mi propia seguridad que al triunfo de mis ideas, debilitando así mi resistencia hasta conseguir mi derrota completa. (p. 60)

Otras son más bien de introspección inconsciente de poetas, miradas interiores que dialogan con el espacio como haikús secretos. Este es el caso de José Manuel Arango, gran poeta antioqueño del paisaje:

Ya los mismos nombres
con que hablamos de ellas

dicen lo que son: una sierra,
el boquerón, el cerro,
la cuchilla.

Otro tipo de impresión del viaje nos transporta a una ensañación pasada, a un amargo deambular por los mundos perdidos que nos producen sinsabores. Es la que deja por ejemplo Jaime Barrera: “[...] kioscos, columpios, enredaderas, albercas azules, por decenas, por centenas, por millares, despilfarradas en la naturaleza jubilosa, en contacto con el cielo y la lumbre, respirando espacio, tragando infinito, cantando la afirmación de vivir, le dan colorido a la vida medellinense” (p. 108).

Este libro también podría llamarse *Los días verdes, del verdor*, juego de palabras que resuena con la novela *Los días azules*, de Fernando Vallejo, y con el cuento “Verdor”, de Tomás González: postales inclasificables de recuerdos de otros tiempos, de percepciones del espacio que se estrañan, que nos abisman en el presente, como puede apreciarse en una de las escenas del documental de Luis Ospina sobre Fernando Vallejo, titulado *La desazón suprema: retrato incesante de Fernando Vallejo*, en cuyo centro está el recuerdo de las montañas arrasadas.

¿Nos asombran más los comentarios de los viajeros extranjeros o las disquisiciones de los lugareños? El libro alterna de forma espléndida las ambivalencias del paso del tiempo, de una tierra inexplorada que pasa a convertirse en uno de los ejes del progreso, del ambiguo progreso en Colombia. El aire puro, las atmósferas sosegadas, el respirar profundo del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, generan un amargo contraste con la situación actual (ambiental) del Valle de Aburrá, que ha llevado en tiempos recientes a declarar temibles alertas ambientales. El destacado escritor e intelectual Pablo Montoya lanzó incluso un manifiesto por el aire, que ha recibido más de 12.000 firmas en tres años:

Medellín, la otrora ciudad de la eterna primavera, tiene ahora envenenada su atmósfera. Una vez más se ha declarado la alerta roja en el Valle de Aburrá por la mala calidad de su aire. Una vez más se toman medidas para enfrentar la crisis que no solucionan el problema, sino que lo atenúan por un tiempo exiguo. Y

RESEÑAS		DESCRIPCIONES Y VIAJES
<p>una vez más, ante tamaña situación, la sociedad civil no logra organizarse para exigir un plan eficaz que resuelva lo que podría ser la constante crítica de Medellín en los próximos años. (https://www.revistaarcadia.com/opiniononline/articulo/medellin-sos-por-el-aire-el-escritor-pablo-montoya-denuncia-la-crisis-ambiental-de-la-capital-paisa/73327)</p> <p>El libro tiene otra gran virtud: su despliegue gráfico, tanto en su portada como en su edición, que simula un cuaderno de viaje, con su cordón central. En su interior nos acompañan reproducciones de grabados, dibujos y pinturas de artistas clásicos como Francisco Antonio Cano, Pedro Nel Gómez, y contemporáneos como Fredy Serna. Quizá un lunar notorio tiene que ver con la ausencia de voces y expresiones de mujeres sobre el paisaje, un aspecto a tener en cuenta para futuras ediciones y formatos de este tipo. Pienso en particular en una profunda poeta contemporánea de la región, quien además coordina desde hace varios años la programación literaria de la Casa Museo Otraparte, cuna de Fernando González en Envigado. Me refiero a Lucía Estrada, quien habría podido ser el colofón perfecto del libro con un poema como este:</p> <p style="padding-left: 40px;">Entro en la fiebre. Desde mi ventana veo el nacimiento de los mares, colinas que la espuma reviste, novias muertas, sumergidas. Temo ser encontrada con esa visión, que descubran mi deseo de correr tras una legión de ahogados. El cuerpo se precipita, resplandece. Soy una con el todo; los pies me liberan del camino. (https://www.festivaldepoesiademedellin.org/es/Revista/ultimas_ediciones/67/estrada.html)</p> <p>Solo nos queda decir que esperamos nuevos tomos de esta colección de paisajes de Eafit y ojalá una exposición en el Museo de Antioquia, o en el Museo de Arte Moderno de Medellín, que nos permita seguir recorriendo estos caminos y caminantes interminables.</p> <p style="text-align: right;">Alberto Bejarano</p>		